

EL SUBALTERNO

POR **G. R. GLEIG**

(Capellán-General de las fuerzas)

(Traducción del inglés por MARTÍN DE ANGUIOZAR)

(Continuación)

CAPITULO IX

Habíamos dormido unas cuatro o cinco horas, y las cortas horas de la mañana empezaban a alargarse cuando nuestros sueños fueron interrumpidos con la llegada de un mensajero de los piquetes avanzados, que venía a informarnos de que el enemigo se agitaba. Como nos habíamos echado vestidos, con todos nuestros aprestos encima, en cinco segundos estuvimos bajo las armas y en columna. Sin embargo, no se consideró necesario que se intentara por nuestra parte ningún avance inmediato. Permanecemos, por el contrario, tranquilos en la iglesia, pero en filas, perfectamente preparados para marchar a cualquier parte en que el sonido de los disparos pudiera hacer nuestra presencia necesaria.

Habíamos permanecido así una media hora cuando llegó un segundo mensajero de los puestos avanzados, por quien supimos que se había lanzado una luz azul sobre las líneas enemigas y que sus fuegos habían sido preparados recientemente. «¿Es eso así?—dijo uno de los veteranos más viejos—; entonces no habrá hoy trabajo para nosotros, porque están retirándose»; y, en efecto, así quedó demostrado. Tan pronto como comenzó a aparecer el alba, se envió adelante una patrulla, la cual regresó inmediatamente para declarar que no se encontraba vestigio del ejército francés. Sus puestos avanzados y centinelas habían sido retirados, su equipaje se había ido, y desapareció el total de su ala derecha.

El hecho era que el plan de Lord Wellington había tenido éxito de acuerdo con sus expectativas. La derecha de nuestro ejército,

tras alguna lucha dura, envolvió la izquierda enemiga, tomó posesión de la mayoría de sus reductos y se introdujo hasta sus últimas líneas; lo que obligó al mariscal Soult, a pesar de su inclinación, a abandonar una posición más sostenible que cualquiera de las que habíamos ocupado hasta entonces. Hacia su derecha, como lo he dicho ya, hubiera en verdad sido poco menos que locura haberle atacado seriamente, ni podía haber sido rota su izquierda sin la hábil maniobra por nuestra parte, que impedía enviársele refuerzos. Habiendo sido alcanzado ese objeto, no obstante, era imposible que permaneciera, por lo menos con seguridad, un solo día más en su terreno, y por esa razón Soult demostró prudencia y buen juicio aprovechando la primera oportunidad favorable para retirarse.

El conocimiento de la retirada del enemigo fué recibido, como esas noticias lo son de costumbre, con gran satisfacción. No es que sintiéramos la menor repulsión a renovar la batalla, sino al contrario; pero en la idea de Perseguir a un enemigo en fuga hay algo mucho más divertido que en cualquier otra idea que la imaginación humana albergue, y eso lo experimentamos ahora en toda su extensión. Apenas supimos que las tropas francesas abandonaron sus obras, cuando llegó orden para avanzar, y nos preparamos a obedecerla con el deseo más sincero.

Cuando los hombres estaban tragando apresuradamente una comida, preparatoria para el principio de la marcha, me fuí con otros dos o tres a visitar el punto en que habíamos depositado algunos compañeros de rancho caídos en la batalla de ayer. No tiene a menudo el soldado tanta suerte—si la circunstancia es en verdad digna de la atención de un hombre cuerdo—que sea colocado para su descanso en tierra consagrada. Nuestros bravos camaradas disfrutaron de ese privilegio en esta ocasión. Los soldados los habían recogido de los varios puntos en que yacían, y los condujeron con piadoso respeto al cementerio de la iglesia. Allí cavaron una tumba—sepultura, en verdad, para más de un cuerpo—y los enterraron cuidadosamente, rasgando el verde césped y volviendo a colocarlo con esmero sobre el montecillo. Por mi parte tuve poco tiempo para hacer más que desear descanso a sus almas, porque se movía ya la columna, y en cinco minutos nos hallábamos en línea de marcha.

Estaba oscuro cuando el movimiento empezó y, por consiguiente, los objetos no se podían distinguir a distancia considerable, pero cuanto más lejos nos adelantábamos el día se aclaraba más vivamente sobre nosotros. Habiendo desocupado la aldea, llegamos a un puente echado a través de un pequeño arroyo, para cuya posesión había tenido lugar bastante lucha la tarde del día

anterior. Aquí encontramos varios soldados franceses que yacían muertos, así como uno de nuestros hombres que se había aventurado demasiado lejos en la persecución. Un poco más allá del puente y a la izquierda de la carretera se alzaba un pulido castillo de cierto tamaño (1). Nuestra tropa avanzada tenía orden de registrarlo y, como casualmente estaba yo mandando el destacamento, recayó en mí el oficio de conducir el reconocimiento.

Hallé la casa amueblada a la moda francesa, y el mobiliario en perfecta conservación; y no permití que se le hiciera el menor daño por mis hombres. El único artículo, es cierto, de que fui culpable de robo, fué una Gramática de la lengua española, titulada así : «Grammaire et Dictionnaire Francois et Espagnol - Nouvellement Revu, Corrigé et Augmenté par Monsieur de Maunory; Suivant l'Usage de la Cour d'Espagne». Está escrito en uno de los bordes : *Appartient a Lassalle Briguette, Lassallee* (2). El libro se halla aún en posesión mía y, como nuestros países están ahora en paz, me tomo la oportunidad de informar a Mr. Briguette que estoy del todo dispuesto a devolverle su propiedad con tal de que me favorezca con su dirección.

La habitación de la cual tomé el tomo citado, era la biblioteca, y de ninguna manera mal surtida de libros. No disponía, sin embargo, mucho tiempo para descifrar los títulos de las obras, porque independientemente de la necesidad bajo la cual nos veíamos de adelantarnos tan pronto como hubiéramos constatado que ningún enemigo se encubría aquí, mi atención fué atraída por un paquete de cartas esparcidas por el suelo. El lector puede juzgar mi sorpresa cuando, al levantar una para examinar su contenido, observé que estaba escrita con la letra de mi padre y dirigida a mí mismo. Era, además, de más reciente fecha que ninguna comunicación de las que había recibido de mi casa; y junto a ella yacían unas veinte más dirigidas a diferentes oficiales de la misma división que yo. Esto me condujo a conocer un secreto. La casa en que ahora yo permanecía había sido cuartel general oficial del mariscal Soult. Un correo, que iba trayendo cartas del cuartel general de Lord Wellington, fué cortado por una patrulla de caballería enemiga, y por eso todas nuestras epístolas, incluso diversos *billets-doux* de hermosas doncellas de nuestra tierra, fueron sujetas al escrutinio del mariscal francés y su plana mayor.

Dejando las demás epístolas a su destino, guardé la mía en el bolsillo y, metiendo mi volumen de botín en mi pecho, avancé. A unas cien yardas en la zaga del castillo llegamos a la primera

(1) El castillo de Urtubi. (N. del T.)

(2) «Pertenece a Lassalle Briguette, Lassallee». (N. del T.)

línea de obras, consistentes en una batería para cuatro cañones con profunda trinchera en frente. Estaba flanqueada a derecha e izquierda por casas granjas con bastante plantación y un par de muros de jardín, y hubiera costado considerable pérdida a nuestra gente si hubiéramos sido tan temerarios como para atacarla. Se hallaba erigida justamente sobre el comienzo del terreno que se elevaba. Después de pasarlo, nos encontramos en la subida de una colina desnuda, acaso de la altura de Sooter's Hill y no desemejante en apariencia general, cuya cumbre se cubría con reductos unidos el uno al otro por dos abiertas baterías. En tanto que la contemplábamos, no pudimos menos de observar lo penoso que debieron ser los sentimientos del general francés al verse obligado a abandonarla; y nosotros, como es natural, pagamos los cumplimientos debidos a nuestro jefe, por cuya juiciosa dirección se convertían en inútiles para tal adversario los trabajos de meses.

Acabábamos de abandonar los atrincheramientos cuando una voz se alzó desde la zaga: «¡Haced sitio a la caballería!». Nuestros hombres, por lo tanto, se inclinaron a la derecha del camino cuando el 12 y 16 de dragones ligeros pasaron al trote largo, enviando media tropa delante para examinar su dirección. El objeto de este movimiento, como apreciamos después, fué impedir en lo posible la destrucción del puente de San Juan de Luz, pero el intento sólo tuvo éxito en parte, pues el enemigo había ya dado fuego a su convoy.

«¡Adelante, adelante!», fué ahora la orden. En consecuencia, aceleramos nuestro paso alcanzando San Juan de Luz a eso de las nueve, pero llegamos demasiado tarde para asegurarnos un paso por la Nivelles, estando ya el puente en ruinas. Nuestra caballería lo había alcanzado tan sólo a tiempo para ver explotar la mina que las tropas francesas habían ahondado en su arco central, y de aquí que un alto llegara a ser necesario hasta que la hendedura creada fuera cubierta. El efecto fué muy chocante: el total de la primera y quinta divisiones, con la legión alemana del Rey, varias brigadas de portugueses y dos divisiones de tropas españolas, llegaron derramándose hasta que el suburbio sur de San Juan de Luz se llenó de hombres en armas, en número tal vez de veinte o treinta mil (1).

Es probablemente innecesario que yo diga que encontramos San Juan de Luz en su mayor parte abandonado por sus habitantes. Aquí y allá, es cierto, algunas pocas caras se adelantaban en ventanas y balcones, y saludaban nuestro avance exclamaciones

(1) Este suburbio sur de San Juan de Luz es Ziburu. Llamado Ciboure por los franceses. (N. del T.)

débiles de *¡Vivent les anglais!* con el ondear de unos treinta pañuelos; pero las personas que así se conducían pertenecían exclusivamente a las clases inferiores, porque las de linaje y las autoridades municipales se habían ido. Es justo sin embargo añadir que en el curso de muy pocos días, ambos, los de linaje y de la municipalidad, regresaron, y que ellos y todos los habitantes del lugar, no sólo fueron protegidos de insulto e injusticia, sino animados a reanudar, como lo hicieron, sus ocupaciones habituales. Mientras la columna hacía alto hasta que el puente fuese reparado como para cruzar por él la infantería, me aconteció desviarme un poco de la calle principal y contemplé un espectáculo muy chocante en una callejuela paralela al río. Vi no menos de cincuenta y tres asnos sosteniéndose en los tendones de las patas posteriores cortadas. Al inquirir de un habitante la causa de ello, me dijo que esas pobres bestias, habiendo sido recargadas con el equipaje del ejército francés, se rindieron de cansancio, y que los soldados, antes de sufrir que cayeran en nuestras manos en condición útil, los desjarretaron a todos. No sé por qué no fueron lo bastante caritativos para fusilarlos; a menos que recelaran llamar nuestra atención con las detonaciones. Pero nosotros llevamos a cabo lo que su precaución encubrió, siendo fusilados todos los pobres brutos, y avanzamos.

La villa de San Juan de Luz cubre casi tanto terreno y contiene, según me imagino, poco más o menos tantos habitantes como Carlisle o Canterbury. Está dividida en dos partes por el río Nivelles, que cae al mar dos o tres millas más abajo, en una aldea, o mejor un puerto, llamado Socoa. Como otras villas francesas de su tamaño, San Juan de Luz no es notable por su aspecto de nitidez, pero hay una buena plaza de mercado, dos o tres iglesias y un teatro. La Nivelles, que se desliza a través de la ciudad, puede ser aproximadamente de la anchura del Eden o del Isis. Se pasa sobre ella, estando los dos barrios del pueblo unidos por un puente de piedra de tres ojos, cerca del cual el mismo curso es vadeable a baja marea, tanto para caballería como para infantería. Cuando llegamos aquella mañana, el agua estaba alta, pero llevaba ya algún tiempo bajando, así es que en un par de horas nos vimos completamente independientes de la reparación. En este tiempo, no obstante, el arco roto había sido unido por medio de planchas y vigas de madera, pero como la unión no era de lo más firme, se consideró prudente enviar a los cabalgadores a través del agua, cruzando tan sólo la infantería por el puente. Con la caballería se envió también la artillería, y, así, a eso del mediodía del 11 de Noviembre, había pasado la Nivelles toda la columna izquierda.

Apenas habíamos dejado San Juan de Luz cuando el tiempo,

que durante toda la mañana pareció sospechoso, se descompuso y empezó a caer fuerte y fría lluvia. Esto duró sin ninguna intermitencia hasta el oscurecer, por lo cual nuestra marcha se convirtió en desagradable y sentimos como si hubiéramos dado al enemigo un salvoconducto hasta Bayona en cambio de permiso para hacer alto y secarnos ante un fuego. Pero de nuestra detención no se infería sugestión, que se produjo cuando nuestra avanzada se encontró con la retaguardia del ejército francés apostada en la aldea de Bidart y a lo largo de las alturas contiguas. Como era tarde y llegaba el crepúsculo, no se juzgó conveniente desalojar al enemigo hasta la mañana y, como consecuencia, se ordenó que hicieran alto nuestras tropas. Pero no había abrigo para ellas, tan sólo unas pocas casas de campo cerca del camino; la noche se pasó para la mayoría de nosotros sobre la tierra húmeda.

Desde el momento que la lluvia empezó a caer, notamos que las tropas españolas y, en algunos casos, las portuguesas, desafiando los mandatos de sus oficiales, abandonaron las filas y se desparramaron por la campiña. En tanto que esto ocurría, tuve buenos motivos para creer que se habían perpetrado algunos crímenes horribles. Muchos campesinos franceses, confiando en nuestras proclamas, permanecieron tranquilos en sus casas; éstos fueron, en muchos casos, robados y cruelmente tratados por los merodeadores, que según sospecho fueron precipitados a cometer numerosas atrocidades por un sentimiento mucho más poderoso que el deseo de robo. Una fuerte y opresiva sed de venganza condujo, estoy convencido, a perpetrar terribles actos y, en verdad, he de contar aquí un caso de esta naturaleza que llegó a mi propio conocimiento.

A eso de las tres de la tarde tuvo lugar un momentáneo obstáculo en la línea de marcha, cuando el cuerpo a que yo pertenecía se hallaba a unas dos millas distante de Bidart. Una brigada de caballería estaba sola delante de nosotros. Una brigada portuguesa, incluido un regimiento de cazadores, estaba en la zaga. En tanto que nos manteníamos en nuestro sitio, el regimiento de cazadores rompió sus líneas y se lanzó de manera tumultuosa hacia dos o tres granjas de la izquierda del camino. Los oficiales les sujetaron con la mayor dificultad, pero unos pocos individuos, como el suceso demostró, tuvieron éxito en su esfuerzo de insubordinación. Estos, sin embargo, no fueron notados al momento y se creyó que todos estaban donde debían hallarse.

Un poco más adelante, acaso a un par de cientos de yardas, se alzaba otra granja francesa rodeada de un jardín y destacada de todas las demás. En unos cinco minutos después que el orden había sido restablecido, oímos un grito agudo de mujer que venía

de aquel caserío. Fué seguido por la detonación de un fusil y, antes de que tuviéramos tiempo de alcanzar el sitio, sonó otro tiro. Corrimos y encontramos un pobre campesino francés muerto al fondo del jardín. Una bala le había atravesado la cabeza y sus finos cabellos grises se habían teñido con su propia sangre. Sos apresuramos hacia la casa y, justamente cuando nos acercábamos a la puerta, se escapó un cazador intentando eludirnos. Pero fué vigorosamente perseguido y capturado. Cuando se le trajo entramos en la granja y, a nuestro horror, vimos una vieja, probablemente la mujer del aldeano anciano, que yacía en la cocina.

El furioso portugués no negó haber perpetrado esas muertes. Parecía, al contrario, frenético. «Asesinaron a mi padre, degollaron a mi madre y violaron a mi hermana—dijo—, y juré entonces que mataría a la primera familia que cayera en mis manos. Pueden ustedes ahorcarme si quieren, pero he cumplido mi juramento y no me importa morir.» No es necesario añadir que fué ahorcado; y no menos de dieciocho soldados españoles y portugueses fueron colgados a las ramas de los árboles en el curso de éste y del siguiente día. Pero no pude menos de pensar entonces que si puede trazarse una sombra de excusa para el crimen, merecía ese beneficio el desgraciado portugués que mató a esa familia francesa.

He dicho que la mayor parte de la columna izquierda pasó esa noche en estado poco confortable, sobre la tierra húmeda. En cuanto a nosotros, fuimos movidos hacia lo que había sido un campo de hierba, justamente en la base de la colina de Bidart, pero el cual estaba convertido en barrizal por las pisadas de los hombres y de los cascos de los caballos. Allí conseguimos encender fuegos con la mayor dificultad, en torno de los cuales nos apiñamos como mejor pudimos. Pero la lluvia caía todavía a torrentes y no puedo enumerar ésta entre las noches de alegría que mi vida de soldado me ofreció, a pesar de que nuestro chico llegó poco después con las mantas y de que nos suministraron las raciones de carne, galleta y ron.

CAPITULO X

Al despertarme la próxima mañana me encontré tendido en un lodazal junto a los moribundos rescoldos de un fuego. Había caído la lluvia tan incesantemente y con tal violencia durante la noche, que mi reloj, aunque de excelente clase, no resistió contra ella, y

me veía ahora tan completamente saturado de agua como si hubiera sido arrastrado a través de la Nivelles. Es natural que mis sensaciones no fueran de agradable naturaleza, pero consideré que no era el único en esa condición y, como mis camaradas, me reí de un mal para el cual no había remedio.

Habiendo permanecido bajo las armas hasta que el día hubo completamente amanecido, empezamos a prepararnos para un avance más lejano. Cuando rendimos armas en la tarde precedente, varias brigadas de tropas francesas se hallaban en posesión de la aldea de Bidart. Calculamos atacarlas, pero al enviar adelante una patrulla, se vió que el villorrio había sido abandonado y que Soult había retrocedido a su campo atrincherado enfrente de Bayona. Nuestro alarde quedó por lo tanto descartado y continuamos en la misma situación durante unas cuatro horas, cuando la llegada de tiendas y equipaje nos invitó a ponernos algo más cómodamente. Con este fin fué movida la brigada a un cuarto de milla hacia la izquierda de la carretera, y allí se fijó el campo en una falda de césped intacta y en buen estado, comparada con el lugar anterior.

En la inmediata vecindad de las tiendas se alzaba un pequeño caserío, o mejor ancha granja, que contaba tres cuartos y una cocina. Hacia allí, un buen número de oficiales, y yo mismo entre ese número, llevaron sus cantinas y portamantas, hasta que no menos de cuarenta y cinco individuos, incluidos sirvientes lo mismo que amos, encontraron un abrigo temporal bajo su techo. Estoy seguro, después de todo, de que no estaba yo allí con más comodidad que en mi propia tienda, pero me imaginé que sería un lujo poder dormir una vez más sobre una cama, aunque fuera francesa, e hice la experiencia. Es innecesario añadir que la cama contaba con hordas completas de ocupantes vivientes a más de yo mismo y que no me aventuré a disputar con ellas la posesión de su antiguo dominio.

Nada me ocurrió desde el 12 al 17 de Noviembre, ni se hicieron por la izquierda del ejército británico movimientos dignos de mención. Continuaba la lluvia casi sin interrupción alguna durante todo ese tiempo, haciendo que los atajos fueran enteramente impracticables para la artillería y no ofreciéndose probabilidad de nuevas batallas o aventuras. En verdad, se ponía de manifiesto que las tropas no podrían conservarse mucho más tiempo en el campo sin detrimento de su salud, la cual empezaba ya a ser amenazada de disentería y fiebres. Ni es sorprendente que sucediera eso porque las tiendas no eran impenetrables contra aguaceros tan fuertes e incesantes como caían, y el cañamazo, cuando está empapado, permite pasar el agua a través suyo como una criba. La

consecuencia fue que nuestros hombres no estaban nunca secos y muchos empezaron a presentar síntomas de las enfermedades ya citadas.

Bajo esas circunstancias recibimos, con gran alegría, en la tarde del 17, orden de arriar nuestras tiendas al alba de la siguiente mañana y de marchar a cuarteles de invierno. Caía la lluvia, sin embargo, de tal modo a torrentes que, aunque una molestia temporal prometía conducirnos a comodidades permanentes, se considero prudente retrasar el cumplimiento de esa orden, al menos por algunas horas. Permanecimos por lo tanto tranquilos hasta la una de la tarde del 18, cuando, levantándose el tiempo y brillando el sol, se alzó el campo y nos dirigimos hacia los acuartelamientos que se nos habían asignado.

Habiendo despejado los pocos campos que median entre la posición del campamento y la carretera, dejamos detrás a Bidart tomando una dirección retrógrada hacia San Juan de Luz. No nos habíamos adelantado más de cinco o seis millas y estábamos aún a larga distancia de la villa cuando al alcanzar un atajo que corre en dirección a la izquierda, destilamos hacia una elevación sobre la cual se diseminaba media docena de caserías, que fueron asignadas al cuerpo a que yo pertenecía. Nos detuvimos, por lo tanto, en una especie de lugar común, cerca del centro de las mismas, y habiendo echado a suertes acerca de qué casa correspondería a las diferentes compañías, mi amigo Grey, yo y otros dos, con unos cien hombres, tomamos posesión de una, con la cual nos hallamos perfectamente satisfechos.

Sería difícil para un lector ordinario formarse idea adecuada de la gran satisfacción que los soldados experimentan cuando se establecen en cuarteles de invierno. Mientras el tiempo continúa bueno y el sol de verano envía su influencia sobre él, hay en verdad pocos sitios más agradables que un campamento, pero no es lo mismo después que el verano se ha ido. He insinuado ya que una tienda provee abrigo inadecuado contra la lluvia fuerte y continua. Una tienda es además un cuarto estrecho en el cual no es fácil mantenerse de pie, excepto en un punto en que toda oportunidad de locomoción falta. Provee además poca protección contra el frío, siendo imposible encender en ella un fuego por razón del humo, y por eso el único medio de conservarse caliente es envolverse en un capote o en una manta y echarse. Es cierto que he visto en ocasiones emplear como calentadores municiones al rojo, pero la clase de calor que se desprende del hierro calentado es, por lo menos para mí, difícilmente más agradable que el producido por el carbón. En una palabra, por más entusiasta que un hombre pueda ser de su profesión, empieza hacia fines de Octubre o prin-

cipios de Noviembre a volverse cansado de vivir en campaña y tija su esperanza en unas pocas semanas de descanso y en una protección contra el frío y las humedades, con casi tanto placer como el que experimenta cuando la vuelta de la primavera le llama una vez más a campaña.

Las granjas del sur de Francia, como las del país vecino de España, se hallan raramente provistas de chimeneas en otra habitación que en la cocina. Es costumbre de las familias habitar enteramente con sus criados durante los meses de invierno, y de aquí que no se sienta necesidad de fuego en el vestíbulo ni en los dormitorios. Observé también que apenas ninguna casa de esa clase se hallaba provista de ventanas con cristales, siendo casi siempre sustituidas por enrejados de madera. Estos, durante los meses de verano, están abiertos todo el día, y cerrados tan sólo por la noche, y creo que la extrema benignidad del clima hace que una ventana abierta sea muy agradable en tal estación. En la presente ocasión, sin embargo, no mostramos la más leve molestia por la ausencia de estas dos cosas esenciales, una chimenea y una ventana en nuestro cuarto, e inmediatamente pusimos nuestros espíritus en acción para suprimir ambas causas de queja.

El criado de Grey y el mio resultaron ser muchachos de ingenio; el primero, particularmente, podía servir para todo. Bajo sus direcciones pusimos a trabajar a un grupo de hombres y, abriendo un agujero a través de un ángulo de nuestro cuarto, pronto lo convertimos en una chimenea. Para dar salida al humo nos tomamos la molestia de construir una salida exterior dirigiéndola a la altura del tejado de la casa, y nuestro orgullo y satisfacción no fueron insignificantes cuando vimos que aspiraba admirablemente. No puedo decir que la albañilería fuera muy exacta, ni que la clase de contrafuerte agregado a la mansión mejorara su apariencia general, pero producía el efecto de convertir nuestra habitación en muy cómoda, y éste fué el único objeto que tuvimos en vista.

Habiéndonos provisto así de calor, lo siguiente que debíamos hacer era construir una ventana que pudiera aportarnos luz y resistir a la vez al tiempo. Con este propósito levantamos un par de maderas de sus quicios y cubrimos los espacios con papel blanco mojado en aceite. La luz que se admitía así no era en verdad muy brillante, pero era suficiente para todas nuestras necesidades, y nos convencimos, cuando la tormenta volvió, que nuestro papel aceitado la resistía con firmeza. Entonces, barrido el suelo, empaquetado y arreglado el contenido de nuestra cantina, provistos de buenos sacos de heno seco para nuestros lechos, sentimos como si el mundo entero no pudiera ofrecer mejor o más deseable habitación.

Para construir la chimenea y la ventana se empleó un día; el siguiente se empleó en cortar madera y almacenar combustible contra el invierno. Al hacerlo, debe confesarse que no éramos demasiado exigentes acerca de su procedencia, y por eso se tumbaron y deshicieron en pedazos un mayor número de frutales de los que probablemente había necesidad de destruir. Pero es imposible vigilar contra todo pequeño exceso cuando las tropas están establecidas en país enemigo, y los franceses tienen motivos de agradecimiento de que comparativamente tan pequeña devastación marcara el paso de nuestros ejércitos. Los suyos, como es bien sabido, no fueron notables por su conducta ordenada en los países que invadieron.

Me he detenido en estas pequeñas circunstancias más tiempo quizás que lo que merece su insignificancia a los ojos de mi lector, pero no lo he podido evitar. No hay período de mi vida a que mire con más puro placer que a ese en que me vi por primera vez asentado en acuertamiento de invierno, y por ese motivo cualquier incidente insignificante relacionado con él, aunque sin importancia para los demás, aparece al contrario para mi. Y creo que tal es siempre el caso cuando un hombre se propone ser su propio biógrafo. Cosas y ocurrencias que al mundo en general parecen indignos de mención, sus propios sentimientos le incitan a detallar con desacostumbrada minuciosidad, aunque se halle consciente todo el tiempo de que está entrando en detalles que sus lectores se tomarán apenas la molestia de seguir.

Habiendo puesto así nuestros cuarteles tan cómodos como posible, mi amigo y yo nos dirigíamos diariamente a los bosques vecinos en busca de caza y, en cuanto se asentó la helada, los hallamos ampliamente provistos, no sólo de liebres y conejos, sino de perdices, agachadizas y otras aves de paso. No tuvimos sin embargo la suerte de tropezar con alguno de esos jabalíes que según se dice frecuentan estas espesuras, aunque dedicamos más de una mañana a su busca; pero nos arreglamos para proveer nuestra mesa, y las mesas de varios de nuestros camaradas, con una muy agradable adición a la magra carne de vacuno que se nos suministraba. Tampoco faltaban otros lujos. Los campesinos, habiendo recobrado su confianza, regresaron en gran número a sus casas y rara vez faltaban de llamar a nuestra mansión una o dos veces por semana con vino, pan fresco, sidra y cerveza embotellada, con ayuda de lo cual continuamos andando bien mientras durara nuestro dinero, que iba disminuyendo de prisa. Digo esto porque todavía no se había enviado adición alguna a lo que cada cual trajo consigo de Inglaterra y, aunque la paga del ejército se hallaba ya con seis meses de atraso, se mantenían tan sólo esperanzas débiles acerca de un inmediato donativo.

No era sólo entre oficiales de regimiento y otros inferiores donde este período de militar, inacción se estimaba y llevaba a cabo como uno de diversión. Las cacerías de zorros de Lord Wellington se iniciaron y él mismo tomó parte en ellas regularmente dos veces por semana, como si hubiera sido un natural de Leicestershire u otra región deportiva cualquiera de Inglaterra. No preciso añadir que pocas traillas pudieran haber sido atendidas mejor en cualquier condado. No eran de la mejor casta los caballos de todos los cazadores, ni de la más lucida apariencia, pero lo que faltaba en esplendor individual se suplía con el número de Nimrods; ni hubiera sido fácil descubrir un campo más fructífero en ocurrencias de risa, de que nadie disfrutaba más sinceramente que el mismo valiente Marqués. Cuando terminaba la cacería, ya no era el comandante de las fuerzas, el General en jefe de tres naciones y representante de tres soberanos, sino el alegre y lucido caballero que cabalgaba ante todo y que reía tan alto cuando se caía como cuando presenciaba la caída de un hermano deportista.

Así pasaron unos veinte días, durante la mayor parte de los cuales el firmamento estuvo claro y el aire frío y penetrante. Algunas veces variábamos nuestra vida deportiva con visitas a San Juan de Luz y otras villas en la zaga, e inquiriendo acerca de antiguos amigos en otras divisiones del ejército. Tampoco estábamos del todo sin otra ocupación. Aquí y allá se trazaba un reducto con el propósito de dar doble seguridad a nuestra posición, y las varias brigadas de cada división se relevaban una a otra cumpliendo su deber en las avanzadas. Una o dos escaramuzas insignificantes tuvieron lugar para mantenernos activos, pero no siguió a ellas movimiento alguno de importancia, ni fueron fatales para el enemigo ni para nosotros.

La posición que Lord Wellington ocupó se extendía desde la aldea de Bidart, a la izquierda, hasta un lugar llamado Casa de Garret a la derecha. Abrazaba entre esos puntos otras varias aldeas, como Arcangues, Guetari, etcétera, y conservaba las extremidades de la línea a una distancia de unas seis o siete millas una de otra. Ciertamente que no ofrecía nada de imponente para dar idea de gran fuerza natural a un observador corriente. A la izquierda, particularmente, nuestras tropas, al ser llamadas a campar, ocupaban un llano bosqueado, pero muy poco interceptado, mientras en distintos puntos del centro había trayectos de fácil aproximación y defendibles en extremo grado. Pero su fuerza fué bien ensayada, como en breve tendré ocasión de relatar; y el resultado del ensayo demostró que no se había cometido ningún error en escogerla.

Sabía yo poco de la manera cómo se hallaban dispuestas las

columnas de la derecha y del centro. La columna izquierda, consistente en las divisiones primera y quinta, dos o tres brigadas de infantería portuguesa, una brigada de caballería ligera y otra pesada, se hallaba apostada así: la villa de San Juan de Luz, en la que Lord Wellington había fijado sus cuarteles, estaba ocupada por tres o cuatro batallones de guardias; sus suburbios se dieron a los cuerpos de la legión alemana adheridos a la primera división. En la villa y alrededor de ella se acuarteló la caballería ligera, mientras la pesada fué enviada a Hendaya y aldeas cerca de ella por causa de la facilidad que existía allí de procurarse forraje. Los españoles habían retrocedido hasta Irún y no fueron avanzados durante el resto del invierno, pero los regimientos portugueses fueron diseminados, como nosotros, en un número de granjas destacadas cerca de la carretera. La quinta división se hallaba apostada en la aldea de Bidart, y tres o cuatro piezas de artillería de campaña y los hombres y caballos pertenecientes a ellos, que debían vigilar al enemigo y conservar el terreno. A lo largo de la línea del gran camino se hallaba acampado un cuerpo de unos mil quinientos infantes, mil doscientos de caballería y una proporción debida de artillería; todos bajo el mando inmediato de Sir John Hope.

En directa comunicación con la cabeza de esta columna estaba la división ligera mandada por el Mayor-General Barón Alten. Consistía en los regimientos 52, 43 y 95, una brigada o dos de cazadores, contando en total unas cuatro o cinco mil bayonetas. Estas ocupaban la iglesia y aldea de Arcangues, situada sobre terreno elevado y de considerable fuerza natural. Más allá de esta división se hallaba la cuarta, en conexión con la cual estaban la tercera, séptima y segunda divisiones, mientras la sexta se apostó un poco más a la zaga, actuando como reserva en caso de que se precisara una reserva.

He dicho que los cuarteles de Lord Wellington se hallaban en la aldea de San Juan de Luz. Allí se establecieron también Sir John Hope y varios generales de división y de brigada, y se apostó también allí toda la plana mayor del ejército. Como es natural, la plaza guardó un estado de alegría belicosa, tal como no había presenciado antes, por lo menos en los tiempos modernos, pero se hizo todo cuanto se pudo para conciliar los afectos de los habitantes, ni se permitió el menor ultraje o pendencia. Tal es el modo como se hallaba dispuesto el ejército británico desde el 18 de Noviembre, cuando principió a acantonarse, hasta el 9 de Diciembre, cuando se consideró necesario salir una vez más a campaña.

CAPITULO XI

Había estado fuera con mi fusil durante todo el 8 de Diciembre y regresé a una hora avanzada del atardecer cuando la primera noticia que se me comunicó fué que el cuerpo había recibido órdenes de estar bajo las armas a una hora temprana de la siguiente mañana para que pudiera avanzar todo el ejército. En capítulo anterior he indicado que un continuo tiempo lluvioso impelió a Lord Wellington, antes de lo que había fijado y contra su designio, a cuarteles de invierno. La consecuencia de ello fué que la posición del ejército no era en todos los aspectos como él deseara. La derecha, en particular, se hallaba demasiado rezagada y el curso de la Nivelles interceptaba en alto grado la comunicación entre ella y la izquierda. Se nos hizo comprender, por lo tanto, que el objeto de nuestro movimiento actual era simplemente facilitar el paso de ese río al cuerpo de Sir Rowland Hill y, que en cuanto se obtuviera ese objetivo, se nos permitiría regresar en paz a nuestros cómodos cuarteles.

Como consecuencia de esa información, Grey y yo hicimos menos preparativos que los que teníamos costumbre de efectuar en otras ocasiones semejantes. En vez de empaquetar nuestro equipaje y de sacar nuestro caballejo acémila con el fiel portugués, como hicimos hasta entonces, dejamos todo en nuestro domicilio en su condición habitual. Se dieron serias órdenes a los criados para que a nuestro regreso, por la tarde, estuvieran preparados un alegre fuego y una comida sustanciosa, pero no recogimos alimentos ni ropas para uso inmediato, esperando que tal cosa no sería precisa.

Pasó tranquila la noche del 8 y me levanté unas dos horas antes de la aurora del 9, perfectamente fresco y animado, como los de mi alrededor. Estuvimos tanto tiempo ociosos que la casi probabilidad de una pequeña lucha, en vez de crear sensaciones tristes, fué acogida con gran placer, y tomamos nuestros puestos iniciando la marcha hacia la carretera, en silencio, es cierto, pero con la mayor buena voluntad. Allí permanecimos estacionarios hasta que rompió el día, cuando se dió la orden de avanzar y nos adelantamos en dirección de Bayona.

La brigada a la que yo pertenecía tomó posición a la cabeza de la primera división e inmediatamente detrás de la quinta. La situación me proporcionó en varias ocasiones—pues las desigualdades del camino me colocaron de vez en cuando en la cima de una eminencia—oportunidades muy favorables para contemplar toda la masa guerrera que iba moviéndose, y no es fácil imaginarse un espectáculo más elevado o imponente. Avanzaba todo el ala izquierda del ejército en simple columna, continuada por la ruta principal, cubriendo por lo menos un espacio de cuatro millas. En verdad, tan lejos como la vista podía alcanzar no se veía sino enjambres de infantería, vestidos no tan solo de color escarlata, sino en uniformes verdes, azules y pardos, mientras aquí y allá una brigada de cuatro o seis cañones ocupaba un espacio vacante entre las últimas filas de una división y las primeras de otra. A la retaguardia iba la caballería, pero no puedo juzgar exactamente acerca de su aspecto, por hallarse tan distante.

Habíamos andado unas cinco millas y eran más de las ocho cuando comenzó una activa escaramuza al encontrarse nuestra guardia avanzada con los piquetes franceses. Era realmente una hermosa vista. El enemigo no hizo frente con determinación, pero no cedió un trozo de terreno sin cambiar algunos tiros con los asaltantes, que avanzaban muy vigorosamente, pero con toda la precaución y circunspección que señala el avance de un guerrillero experto. La columna, entretanto, se movía hacia adelante despacio y cuidadosamente; y no fué llamada una sola vez durante todo el día a desplegarse en línea.

Cuando están comprometidas las tropas ligeras de un ejército, como estaban aquella mañana las nuestras, la infantería pesada marcha a paso lento, no siendo poco frecuentes las paradas cortas o los encuentros. Eso ocurría hoy con desacostumbrada frecuencia. El hecho era, según creo, que Lord Wellington no quería comprometer a su izquierda en resuelta acción. Su objetivo se obtuvo completamente mientras conservó la derecha del enemigo en estado de ansiedad y de irresolución, pero el terreno que ganábamos no era de ningún modo importante para el progreso del único designio que teníamos en vista. Naturalmente, la tardanza en nuestros movimientos daba mejor oportunidad de vigilar el progreso de los que se enfrentaban con nosotros; y no he contemplado nunca en casa un día de ejercicio militar transcurrido con más regularidad que este insignificante asunto del 9 de Diciembre.

Se iba haciendo algo tarde; serían acaso las tres o cuatro de la tarde cuando nuestra columna, después de haber vencido toda oposición, se detuvo en una elevación a unas tres millas de los muros de Bayona. Desde ese punto obteníamos una vista perfecta

de las obras exteriores de la ciudad, así como de la formidable línea de fortificaciones que Soult alzó a lo largo del curso del Adur, pero veíamos poco de la misma ciudad a causa de varias arboledas de altos olmos y otros árboles que la interceptaban. Se imaginará fácilmente que dirigimos nuestros anteojos hacia el campo atrincherado con diferentes sentimientos de los que actúan en un observador corriente del aspecto de un país extraño. Sabíamos que el mariscal francés había estado trabajando en esas líneas, no tan sólo desde su última derrota, sino desde el mismo día en que tomó el mando del ejército de España, y por eso no nos sorprendía de ningún modo la contemplación de tal obstáculo presentado a nuestro futuro avance por Francia. Pero no puedo decir que la vista produjera el menor desaliento en nuestra confianza habitual. Sabíamos que lo que fuera preciso hacerse para inutilizar esos preparativos poderosos, sería efectuado por nuestro valiente general, y acaso estuviera cada uno de nosotros lo bastante envanecido para creer que nada podría resistir a nuestro valor individual. Fuera como fuere, y aunque reconocíamos libremente que muchos bravos muchachos tendrían, que hallar su tumba antes de que esas obras cayeran en posesión nuestra, nos hubiéramos lanzado en seguida al ataque, no sólo sin disgusto, sino con la mayor seguridad de éxito.

El sonido de los disparos disminuyó gradualmente, habiéndose el enemigo retirado a sus atrincheramientos y siendo nuestros guerrilleros llamados a unirse a sus cuerpos respectivos. La columna izquierda, dividiéndose con arreglo a sus brigadas, se apostó a lo largo de un espinazo de una elevación de terreno, y nuestros hombres, apilando sus armas, se asentaron, alumbrando fogatas en todas direcciones, cuando yo erraba buscando aventuras según mi costumbre invariable. Había andado hacia adelante con el propósito de obtener si era posible una vista más perfecta de las líneas enemigas e iba caminando a mi regreso a través de una zanja, cuando atrajo mi atención un débil gemido como el de alguna persona dolorida. Miré al fondo de la zanja, que tenía unos cuatro metros de profundidad, y vi tres seres humanos que yacían al fondo de ella. Se hallaban completamente desnudos y tres de ellos estaban sin sentido. Tras mayor examen noté que eran tres soldados franceses, de los cuales sólo vivía uno, el cual yacía sangrando por una herida grave en la cara, habiéndole roto un tiro de fusil los dos pómulos. Por lo tanto, permanecía sensible, así es que corrí en su ayuda y fué llevado por algunos de los nuestros a una casa vecina. Allí el pobre muchacho, a quien sus paisanos habían desnudado y abandonado, fué bien cuidado por sus enemigos, pero había sufrido tanto por su exposición al frío, que

fueron inútiles todas las tentativas para salvarle la vida, y falleció un cuarto de hora después que fué curada su herida.

Entre tanto, Lord Wellington se puso a la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería y, atendido por unas pocas compañías de infantería ligera, se adelantó hacia el frente para reconocer las obras del enemigo. Esto le fué permitido llevar a cabo sin otra molestia que la que provino de la descarga ocasional de un cañón de campaña, pues él y su partida presentaban blanco favorable a los artilleros. Pero ni él ni sus acompañantes recibieron el menor daño de tales descargas y, a eso de las seis de la tarde, había realizado el objetivo que deseara. Se distribuyeron por consiguiente órdenes para que las tropas se retrasaran a sus cuarteles primitivos, y la ruta principal volvió a llenarse de hombres armados marchando hacia la zaga de un modo tal vez no tan ordenado como el que distinguió a su avance.

Una lluvia pesada empezó a caer una hora antes de este movimiento, acompañada de viento frío que soplabla directamente en nuestras caras; también la oscuridad se extendió rápidamente; el camino se hizo pronto profundo y fangoso por el caminar de una multitud de hombres y caballos: y algo como una inclinación a regañar empezó a alzarse en nuestros pechos. Quizás no precise decir al lector que existe un grado considerable de envidia entre la infantería y la caballería del ejército británico, considerando la primera a la última como a poco mejor que inútil, mirando la última a la primera como a muy vulgar y sin gentileza. Yo mismo era oficial de infantería y recuerdo perfectamente los sentimientos que se exaltaron en un período particular de la marcha, cuando el cuerpo, mojado, abrumado y hambriento, era rudamente ordenado por uno o dos escuadrones de tropas ligeras que «se quitara del camino para dejarles pasar». Recuerda, buen lector, que la lluvia caía como si viniera de pozos; que cada soldado de infantería lleva sobre su persona una carga de unas cincuenta libras de peso; que nuestros bravos muchachos habían andado bajo esa carga más de catorce millas y estaban todavía a seis buenas millas del lugar de descanso; y no te extrañará que estas tropas fueran saludadas con «maldiciones no altas pero profundas» mientras algo locamente empujaban a sus camaradas menos afortunados hacia las hondas y sucias cunetas del camino. Debo confesar que participé de la indignación de mis hombres, aunque, naturalmente, hice lo posible para que no se manifestara más abiertamente.

Nunca ningún salón brillantemente iluminado y ocupado con esplendor y elegancia de una asamblea de moda apareció a mis ojos con la mitad de atractivo como en esa tarde nuestra humilde vivienda, con su piso desalfombrado, sus troncos de madera en

vez de sillas, y unas tablas, o, mejor dicho, una pieza de tablado colocada en el centro como sustitutivo de una mesa. Ancho fuego ardía en la rústica construcción del hogar, que lanzaba brillante resplandor sobre los muros blancos, y nuestra tosca mesa prometía comida sustanciosa y una noche de verdadera alegría, cubierta con un paño limpio sobre el cual estaban ordenadamente colocados platos, cuchillos, tenedores y vasos. No fueron estériles nuestras esperanzas. Tuvimos tiempo justo para despojarnos de nuestras ropas mojadas y embarradas, sustituyéndolas por otras, cuando una enorme pieza de carne asada humeaba sobre la tabla invitándonos a una ocupación más agradable que cualquier otra que pudiera proponérsenos en aquel momento. Además, nuestros fieles lacayos cuidaron de proveer un amplio refuerzo de vino: una o dos botellas de champaña, clarete de no mediana calidad, lo cual, con una pequeña cerveza francesa, viva y débil, bien perfumada, sirvió demasiado bien para digerir las más sólidas porciones de nuestra comida. Para completar la cosa, unos pocos de nuestros compañeros íntimos acudieron poco después de haberse despejado la mesa, y encendimos los cigarros, impregnándose la atmósfera de la habitación con la deliciosa humareda del tabaco; y al lanzar sus nubes, no se producía otra interrupción que un ocasional alzamiento de la copa de vino a los labios y una expresión o corta jaculatoria que indicaba la perfecta satisfacción de quien la prefería. He presenciado muchos alegres y felices días y noches, antes y después, pero una noche de más tranquilo lujo que ésta no recuerdo haberla pasado en ningún período.

Al fin, las fatigas del día vinieron a llamar en nosotros de modo demasiado poderoso. Habíamos estado bajo las armas desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche, y durante todo ese tiempo no tuvimos ocasión de comer ni se permitió descansar a nuestros espíritus o a nuestros cuerpos. Como los demás animales cuando han ayunado durante mucho tiempo, nos hubiéramos engullido a nosotros mismos; y por eso, la sensación de reposo absoluto degeneró gradualmente en languidez, y el sueño puso sus pesados dedos en nuestros párpados. No creo que se hubiera pronunciado entre nosotros media docena de frases de extensión corriente cuando a las once se vació nuestra última copa de vino; y marchándose nuestros huéspedes cada cual a su residencia, recurrimos a nuestros jergones. No preciso agregar que nuestro reposo no pudo ser perturbado.

(Continuará)